

TRADUCCIÓN

ARCO IRIS O EL HALO DE BUDA

Traducción del chino e introducción
LILJANA ARSOVSKA
El Colegio de México

Introducción

El autor:

A Lai nació en 1959 en el distrito Maerkang, al noroeste de Sichuan. Esta región, poblada en su mayoría por tibetanos, es conocida históricamente como la Tierra de los Cuatro Caciques. A Lai se graduó en la universidad normal de Maerkang, fue maestro durante cinco años y desde 1982 es editor en jefe de la revista *El mundo de la ciencia y la imaginación*. En los años ochenta comenzó a escribir poesía y luego prosa. Siempre ha manifestado su deseo de tomar la literatura como actividad de tiempo libre. Entre sus obras destacan la novela *El polvo asentado* (el título de la traducción en inglés es *Amapolas rojas*), galardonada en 1998 con el codiciado premio nacional de literatura Mao Dun, y la antología de ensayos *Los escalones de la Tierra* (2000). La crítica literaria acogió con gran entusiasmo el novedoso estilo literario de A Lai, comparándolo con los grandes escritores mundiales que representan la corriente del realismo mágico. A Lai pone gran atención en expresar la psicología de sus personajes, su vida interna y sus sentimientos.

El cuento:

El arco iris o el halo de Buda nos lleva a las enormes praderas de Sichuan, llenas de flores amarillas y abejas danzantes, donde se teje la historia de dos titanes. El primero eligió el camino terrenal dejándole al otro la senda celestial. Los egos del

señor Sangmudan y el Buda viviente, dos amigos separados por una predicción, establecieron una lucha para saldar las “injustas” cuentas del destino. El primero, inteligente, talentoso y ambicioso, eligió el mundo de los hombres para obtener el grado de Doctor y divulgar los secretos de la filosofía oriental al mundo. El segundo, tal vez de menor talento, se conformó con ser el Buda viviente.

El primero tuvo derecho a elegir; el segundo no tuvo ese privilegio. Aquel que eligió, sin embargo, siempre dudó de su elección; el que aceptó la imposición del destino, lo hizo con humildad y bondad, luchando con todas sus fuerzas en contra del deseo de regresar al mundo terrenal. Cuando cada uno logró dominarse a sí mismo aceptando con benevolencia su destino, elegido o impuesto, la lucha sublime entre los dos titanes desapareció y se desvaneció igual que “las pesadas paredes del palacio y la túnica de Gexi a la hora de la aparición del tercer ojo”.

ARCO IRIS O EL HALO DE BUDA

A LAI

Hoy, un día de junio de 1992, escribo estas líneas en el lugar donde esta historia ocurrió. Me encuentro en la sala del monasterio. Alrededor sólo hay silencio. Elevo la vista y miro los venados de bronce que incansablemente yacen encima del techo que cubre el gran palacio. Parados ahí, resguardan la rueda. Sobre el pasto que me separa de esas cosas brillantes florecen un sinnúmero de minúsculas flores amarillas. En ese sitio nace un conocido río chino, el aroma del agua cristalina invade el aire fresco y puro. Sonriendo sin querer, escribí algunas palabras: “La danza de las abejas”. Al terminar sentí luz y una fuerte sacudida, escuché una misteriosa melodía que jamás supe de dónde venía.

Me hospedo en la habitación del señor Sangmudan. Cuando él partió para Estados Unidos, el comité administrativo del monasterio y el Buda viviente habían decidido convertir la habitación en un cuarto de huéspedes para estudiantes forasteros.

Todos decían que el señor Sangmudan era misterioso.

Desde la secundaria se dio a conocer por su inteligencia e indolencia. La historia comenzó cuando él y sus compañeros decidieron ir a un día de campo, ya que la pradera gigante por fin había recibido al corto verano. En aquel tiempo, al señor Sangmudan le gustaban las matemáticas. Al comparar lo inmenso de la pradera con la corta duración del verano, decía:

—Caramba, ¡qué injusta proporción!

Sin saber, habían elegido un día importante para salir de día de campo. La predicción decía que el Buda, que había perecido 17 años antes, reencarnaría precisamente ahí. Cuando los estudiantes salieron, los monjes del monasterio también estaban en camino. Cabalgando caballos veloces, justo al mediodía arribaron a la orilla del lago sagrado. En la cercanía, gaviotas silvestres, blancas como la nieve, flotaban sobre el agua; a lo lejos, una columna de humo claro subía al cielo. Claro que to-

das eran buenas señales. Aquel día, debajo de la columna de humo un grupo de jóvenes disfrutaba de su día de campo. Una manada de caballos paseaba cerca de los muchachos. Dos estudiantes de 16 años sujetaron a dos caballos blancos y, ante la mirada de admiración de sus compañeros, cabalgaron hacia el horizonte. A las orillas del lago sagrado, uno de ellos fue reconocido como el Buda recién reencarnado.

Sangmudan regresó cabalgando solo, y con cara de tristeza le comentó a un pastor de caballos que habían elegido a su mejor amigo y no a él:

—El nuevo Buda viviente se llevó a tu caballo blanco, le diré que te reponga la pérdida. —El pastor, asombrado, tapó la boca de Sangmudan. Luego, ese joven apuesto hincado en el suelo ofreció una gran reverencia en dirección al lago sagrado. Sangmudan, aun sin ser el nuevo Buda viviente, seguía siendo un joven tranquilo y feliz.

Terminó la universidad y fue maestro de matemáticas en una secundaria. Se dejó crecer una barba bella y suave. Jamás fue un joven que buscara el placer por doquier. Su trabajo fue apreciado pero eso nunca le importó mucho.

Un día le dijo al director:

—Voy a renunciar.

El director pensó que se trataba de una broma, cuando Sangmudan añadió:

—No renuncio para ser comerciante, buscaré algún lugar para profundizar en las escrituras sagradas.

Fue así como vino a esta habitación que ahora es mía. Mandó hacer el librero que tengo a mis espaldas y poner la mesa donde me recargo. El Buda viviente, compañero y amigo de antaño, a la hora de rasurarle la cabeza pretendió no conocerlo. Sangmudan, lleno de sinceridad y sentimientos, llamando a su amigo por su nombre, le dijo:

—Te agradezco de todo corazón.

El Buda viviente me comentó:

—No sé por qué su llegada me incomodó.

—Él sí lo sabía —le respondí.

—Le dije que no era propio llamarme por mi nombre. Su barba le daba un toque de burla, así que mandé cortársela —añadió el Buda.

Sin barba, su cara destilaba honestidad. Entonces, el Buda viviente, en son de disculpa, le dijo:

—Aunque se trate de ti, deberíamos buscarte un nombre budista.

—No necesito ningún nombre budista, no vine para que me dieras algún título honorario, sólo vine para estudiar las escrituras.

Esta respuesta, altanera y descortés, llamó la atención de Laranbagexi, el hombre más sabio de la comunidad. Gexi, después de encargarse de la instrucción del Buda viviente por más de diez años, poco a poco perdió las esperanzas en su capacidad de comprensión y en el poder de sus sentidos (*indriya*).

Gexi le dijo al señor Sangmudan:

—Estudie conmigo la teoría de la iluminación interna, la base y el fundamento del budismo. Sólo ella es grande, profunda e ilimitada.

Aquel día, Gexi habló acerca de la “Enseñanza del centro” de Shou Longshu; decía que las diez mil cosas y fenómenos del universo son “el vacío”, pero el vacío no es la nada. El Buda viviente oía sin comprender, pues no tenía capacidad de abstracción. El señor Sangmudan dijo:

—Es más fácil que las matemáticas. Antes tú no las entendías y te ponías nervioso. Después de eso, el Buda viviente se rehusó a estudiar con el señor Sangmudan.

Y el señor Sangmudan, por su lado, sentado en el lugar donde yo estoy ahora, abrió todos los libros, incluso aquellos que Laranbagexi no había leído a fondo. Los rayos del sol entraban por la ventana iluminando las palabras escritas con letras doradas. Sangmudan, sonriendo, se puso lentes de sol, el brillo instantáneamente desapareció y en el papel sólo quedó la sabiduría susurrando.

Lamentándose, comentó:

—En este mundo no hay quien pueda terminar de leer estos libros llenos de sabiduría que a su vez la echan a perder.

Gexi, por su lado, estaba preocupado; el Buda viviente se había negado a estudiar filosofía; su interés ahora estaba centrado en la medicina, pues su habitación estaba llena de mapas y esquemas de los canales de acupuntura.

Justo ese día, cuando el señor Sangmudan pensaba que nadie podía agotar todas las obras clásicas existentes, Gexi entró. Suspirando, comentó:

—Tu talento demuestra que aquel día nos equivocamos al elegir.

—A mí no me interesa ser Buda viviente.

—Lo sé, en aquel tiempo tampoco querías serlo. Aquel día dos jóvenes hermosos montando a caballo aparecieron en la orilla del lago sagrado. Los monjes que creían en la predicción no supieron a quién elegir. Sangmudan se alejó cabalgando.

El señor Sangmudan envolvió los *sutras* en seda amarilla, los colocó en el librero y dijo:

—Vamos a verlo. —Antes de salir, tomó la mochila que llevaba al llegar al monasterio, cerró con llave y se puso el reloj de oro que hacía tiempo había guardado. Las manecillas se detuvieron en alguna hora de dos años atrás.

Gexi preguntó:

—¿Qué haces?

El señor Sangmudan, sin responder, caminó con grandes pasos hacia el gran palacio. Al llegar a la puerta, Gexi pensó en pedirle que se detuviera, pues había decidido que ya que un monasterio sólo tenía un Buda viviente de alto rango, y él no podía ser sustituido, entonces más le valía proteger su autoridad. Antes de verlo, había que anunciar la llegada. El señor Sangmudan entró sin miramientos.

Gexi, parado afuera de la puerta, miraba los rayos del sol iluminar las flores sobre las que unas abejas silvestres de muchos colores sacudían sus alas transparentes. En ese instante, el Buda viviente y el señor Sangmudan, hombro con hombro, salieron del palacio. El Buda viviente mientras caminaba ordenaba a su séquito buscar una radio:

—El reloj de oro del señor Sangmudan necesita la hora del mundo terrenal de Beijing.

Un joven monje corrió con pasos minúsculos. El Buda viviente, el señor Sangmudan y Gexi, contemplando los rayos del sol, miraban las nubes de formas cambiantes. El monje regresó, nuevamente corriendo con pasos minúsculos, e imitando la voz fuerte del locutor, dijo:

—Según el último reporte, son las dieciséis en punto, hora de Beijing.

Los tres rieron.

Cuando Sangmudan ajustaba el reloj, el Buda viviente extendió la mano y, sin tocarle el hombro, pretendió darle una palmadita. Giró y entró al palacio. En el cercano bosque de cipreses unos monjes tocaban la trompeta (*suona*). Gexi apenas se dio cuenta de que el señor Sangmudan dejaría al monasterio. Con la mochila al hombro, el señor Sangmudan comentó:

—Es un lugar hermoso. He ido también a tu pueblo, allí también hay mucha belleza; en los veranos las abejas cantan su alegría.

Charlando y caminando ya habían salido del muro que rodeaba al monasterio, el agua limpia fluía en el arroyo.

El señor Sangmudan gritó:

—Aaa, haa... —y en un abrir y cerrar de ojos, saltó desnudo al arroyo.

Ese hombre de sabiduría profunda jugaba en aguas superficiales.

—Gulugulugulu —emitía sonidos de un potro. Al sumergir la cabeza, sólo su ancha espalda se asomaba. Parecía un pez. Abruptamente se irguió y sacudiendo la cabeza gritaba. Las gotas de agua en su frente formaron una niebla plateada. En ese instante el mundo se detuvo. Aunque los pájaros seguían cantando y el viento se paseaba de una orilla a la otra, el mundo entero se había detenido por un instante. Laranbagexi vio cómo la neblina sobre la cabeza de Sangmudan, iluminada por los rayos inclinados de la tarde, se transformaba en un arco iris.

—¡Cielos! ¡Es el halo de Buda!

Se le ablandaron las rodillas y poco le faltó para caer hincado ante el hombre que nadaba alegremente. El arco iris desapareció en ese instante. El tiempo comenzó a fluir. El señor Sangmudan, como si nada, salió a la orilla y se puso a brincar para secarse. En los alrededores, los lamas, que habían interrumpido su clase, observaban la escena. El viento jugaba con sus enormes y solemnes túnicas moradas que, mecidas por el viento, fiu, fiu, fiu, parecían incontables banderas.

Mientras escribía eso, una sombra cubrió los brillantes rayos de sol. Gexi vino de visita. Tomamos queso y té mientras le leía mi escrito.

—Ah, ha, ya sé por dónde vas, al parecer quieres escribir sobre los caballos.

No se dieron cuenta cuando dos caballos cruzaron entre los montículos. Uno con jinete y el otro solo; su lomo brillaba con el sol. Nadie vio venir a los caballos rojos porque todos observaban a Sangmudan ponerse, una por una, las prendas del otro mundo. Se puso el reloj y lo acercó al oído. Se dio la vuelta y vio a los caballos parados en la otra orilla del estrecho arroyo.

Saludando al jinete, Sangmudan comentó:

—¡Qué puntual eres!

El jinete, estirando el cuerpo, contestó:

—Suba por favor, hasta las diez podremos llegar al sitio donde lo esperará su vehículo.

—¡Qué bien! Pasaremos las orillas del lago bajo el brillo de la luna.

El señor Sangmudan, montado en un caballo rojo, se fue sin siquiera voltear atrás.

El viento, tin, tin, tin, hacía girar las ruedas (*knót*) del muro que rodeaba al monasterio. Rayos dorados iluminaban al mundo. Laranbagexi, siguiendo los rayos, regresó al monasterio. Al pasar por la puerta del palacio, vio en las escaleras al Buda viviente que miraba hacia el horizonte. Vestía una camisa amarilla. Sin querer, Gexi pensó:

—Aquello que da autoridad no es la sabiduría sino el título. Gexi extendió la mano:

—Son su semanario y su túnica.

—¿Sangmudan de veras se fue?

Gexi no respondió, su mirada voló por encima de la cabeza del Buda, y se estacionó en el mágico laúd de la diosa de la música. Dentro del budismo, esa doncella es la diosa de la poesía. Contemplando a la dama, Gexi sintió la necesidad de componer un poema sobre el arco iris o el halo de Buda. En ese instante oyó un sonido de cuerda. La diosa tocó su laúd. Sólo era el sonido de una cuerda cuyo repicar, sin embargo, duró largo rato, suave y transparente, parecía ser producto de la ilu-

minación instantánea, o tal vez sólo era el ruido de las alas de unas abejas que jugaban entre las flores.

Mucho tiempo después ese sonido aún retumbaba en los oídos de Laranbagexi.

La danza de las abejas

Aún no llegaba el otoño cuando escuchamos la noticia de que el señor Sangmudan había obtenido el grado de Doctor en la capital.

Las noticias seguro eran algo exageradas. Se decía que Sangmudan, a la hora de la disertación doctoral, no contestó ninguna pregunta de los sinodales. Los mitos tejían a un personaje agudo que solía comentar:

—Sus preguntas son fáciles pero también difíciles de responder. Si no me creen, dejen que el parado les pregunte algo a los sentados.

Sea como fuere, el señor Sangmudan ya escribió un libro acerca de la metodología sofista del budismo, llenando con el grado de Doctor un hueco en su formación académica. Una comparación inundó el aire; pensemos que el Instituto de la Doctrina Secreta de la Manifestación del Monasterio es la universidad, y Gexi es el Doctor. Gexi pensó que él también era Doctor, un Doctor que obtuvo su título académico después de haber agotado todos los libros. Suspiró:

—¡Su talento es impecable!

—¡Zhaxibandian! —dijo el Buda viviente.

Zhaxibandian era un simple nombre, pero en ese caso era el nombre del protector del Monasterio. Algunos escritos que preservaban y difundían la sabiduría budista decían:

—Todos los espacios que rodean la montaña nevada, donde crece la cebada y donde pastan búfalos, son nuestros territorios.

Durante los siglos de transmisión del budismo, en esos territorios han aparecido muchos personajes sagrados. Muchas bestias y ogros fueron tomados como protectores. Hace trescientos años, Zhaxibandian era Gexi y también era Doctor. Tenía demasiado conocimiento y demasiadas dudas. Tomó el

camino equivocado, y al morir no pudo convertirse en Buda, sólo llegó a ser ogro. El Buda viviente de aquellos tiempos, repleto de méritos y virtudes, lo acogió y le asignó la tarea de proteger las escrituras sagradas.

—¿Aquel día el señor Sangmudan dijo algo? —preguntó el Buda viviente.

—¿Qué día?

—El día que partió.

—Me preguntó si en esta estación mi pueblo estaba más bello que aquí.

—¿Y tú qué opinas de eso?

—Las flores abren un poco antes y hay más abejas.

—Ho, ho, ho...

El decimonoveno Buda viviente de ese monasterio había dicho “ho” en son de insatisfacción. Gexi decidió no comentarle el asunto del arco iris o el halo de Buda. En ese momento prometió jamás decírselo.

Luego los días se apaciguaron. Al Buda viviente le dio por estudiar, sin Sangmudan a lado a lado a floró su capacidad de comprensión. El tiempo y la convivencia acercó a la gente, la hermosa estación voló de las praderas, las flores caídas se transformaron en copos de nieve que cubrían la virgen tierra dorada; por ningún lado se asomaba la desolación.

Entre el monasterio y la ciudad de Sangmudan no había correo. A pesar de eso, las noticias llegaban. Supieron que el señor Sangmudan estudiaba un idioma mágico que podía asignar sonidos a todas las letras del mundo. Además escribía un libro acerca de la iluminación interna y las técnicas de cultivo de los lamas. Y eso justo lo había aprendido con Laranbagexi. Aquel libro que se tejía en la lejanía atormentaba e interrumpía las meditaciones de Gexi. Pensó que también debería escribir un libro así. Pero muchos monjes lo seguían, incluso el Buda viviente, ahora más sensible que antes, estaba sediento por aprender. No tuvo más remedio que seguir guiándolos entre los *sutras*.

Las flores caían cuando la nieve se aproximó. Por eso entre la nieve aún se asomaba el aroma de flores. Por encima de las voces de los discípulos que recitaban los *sutras*, flotaba un sonido suave.

Todos levantaron la cabeza para seguir las huellas de ese sonido misterioso. Las miradas se centraron en la diosa del mural. Sin embargo, sólo Gexi vio la abeja que volaba entre las largas cortinas. Nadie desconocía aquél sonido. Esas abejas coloridas sólo crecían entre la pradera; su casa eran los hoyos pegados a la raíz del pasto. Al parecer esa abeja no pudo resguardarse antes de la nieve y por eso llegó a cantar ahí.

Gexi sin querer suspiró:

—¡Qué hermoso!

Los discípulos con una sola voz exclamaron:

—¡Qué hermoso!

Todos dijeron ¡qué hermoso!, en lugar de ¡milagro!, ¡milagro!, pues les salió de las entrañas.

Rayos de sol perforaron la ventana y entraron desde lo alto iluminando sus caras. A las espaldas de los rayos caían copos de nieve. Gexi, sentado en los aposentos (*fazuo*) cubiertos de seda dorada, cerró los ojos ensimismado. No se extrañó al ver al hombre con el arco iris en la cabeza, pero aquel hombre súbitamente se escondió. Gexi vio a otro hombre —tal vez se vio a sí mismo pasear entre las flores; sus manos destilaban aroma a miel, de sus pies descalzos emanaba aroma de flores.

¡La danza de las abejas!

Laranbagexi sólo oyó un estampido violento. ¡Su ojo de la sabiduría por fin se había abierto!

Sintió cómo las pesadas paredes del palacio desaparecían y su túnica flotaba como agua; su cuerpo estaba en medio de la nieve inmaculada; los copos caían enfrente, atrás, afuera y adentro de su cuerpo. Y las abejas danzaban, la melodía se transformaba en asiento de loto que lentamente lo elevaba hacia el espacio.

La pesadilla del señor Sangmudan

Durante todo el invierno Gexi se recluyó en el estudio. Cuando en la primavera apareció ante los demás, su aspecto era diferente y misterioso; en medio de su frente, ahora más amplia y brillante, un pico parecido a un cuerno emitía luz. No sólo su aspecto cambió, su comportamiento también era más suave

que antes. Ya no aspiraba a ser el maestro de todos, ya no era tan rígido con sus discípulos.

El Buda viviente comentó:

—Gexi antes hablaba largo y tendido.

Gexi le respondió:

—Vi al señor Sangmudan.

—¿Regresará pronto?

El Buda viviente se dio cuenta de que extrañaba a Sangmudan, mas no sabía si era por su deseo de regresar al mundo real o porque Sangmudan ya era Doctor. Vio ante sus ojos la escena de antaño, un grupo de jóvenes en su día de campo.

¿De dónde salieron aquellos dos caballos blancos? Eran tan blancos, suaves y elegantes, seguro que no eran de este mundo. En aquella época ellos no imaginaban lo que pasaría, sólo eran dos jóvenes inocentes, llenos de alegría y entusiasmo, que montaron a los caballos y volaron hacia el lago sagrado de color zafiro celestial.

La superficie del lago, quieta y azul, parecía un pedazo de cielo que hubiera caído a la Tierra. Los dos jóvenes soltaron gritos de alegría.

—Aún oigo nuestros gritos de aquel día —me dijo el Buda viviente.

Todos los días venía a verme con su cara solemne, cálida y misteriosa. Lo acompañaba un monje hermoso que con mucho cuidado cargaba un vaso de leche. El Buda viviente me ofrecía la leche y me miraba vaciar el vaso. Después yo soplaba en el vaso y escuchaba el eco del mundo. Luego me preguntaba:

—¿Cómo va tu escrito?

—Con sus gritos festejaron la belleza del paisaje.

—Nosotros, el señor Sangmudan y yo, soltamos gritos y los monjes se asomaron.

Los lamas, como soldados enterrados, salieron del bosque de pequeñas azaleas. Tal vez el intenso aroma a flores hizo que se tambalearan como borrachos. Dijeron estar inmensamente felices por haber encontrado a su caudillo. Los lamas habían recibido la señal: el decimosexto Buda viviente que muchos años antes dejó de existir, ya había reencarnado; el decimoséptimo sería un joven hermoso que aparecería en las orillas del lago sagrado montado en un caballo blanco. Se hincaron enfrente

de los caballos golpeando el pasto con sus cabezas. Al levantarlas abruptamente, se pasmaron. Ante sus ojos tenían a dos jóvenes montados en dos caballos blancos. Todo lo demás coincidía con la señal: las flores desprendían aromas misteriosos y las gavio-
tas volaban sobre el lago. Tenían que elegir sólo a uno. Laran-
bagexi extendió la mano para señalar al joven que parecía más
inteligente y hermoso. Pero Sangmudan sujetó las riendas y
emitió un estruendoso “¡no!” El galopar de un caballo sacudió
las orillas del lago. Y luego la inmensa sombrilla amarilla se
extendió sobre la cabeza de ese nuevo Buda viviente. Bajo la
protección de aquella sombrilla, el joven había emprendido un
camino que jamás imaginara: la senda del monje.

El Buda viviente con gran serenidad me contaba el pasado,
claro que escondió algunos pasajes embarazosos. Siempre con
el tono solemne de un líder espiritual, me decía:

—Me consuela saber que el señor Sangmudan es Doctor,
rezaré mucho por él.

No podía decirle ni sí ni no, sólo me limité a sonreír cuan-
do él añadió:

—Sinceramente lo extraño.

A Gexi le decía lo mismo.

—Verás que en 12 días llegará —comentó Gexi.

El señor Sangmudan regresó en la madrugada del decimo-
tercer día. Traía una carpa, bolsa de dormir, aparato fotográfi-
co y comida enlatada. Ya no se hospedó en este cuarto; exten-
dió su carpa en las afueras del monasterio, sobre el pasto lleno
de hongos. Sangmudan había cambiado, ya no se parecía al jo-
ven de antaño, muy inteligente y despreocupado. Tal vez por-
que ya era Doctor del Estado. Recibió en su carpa al Buda
viviente y a Gexi con unas latas de fruta; había peras, lichis,
piña y cerezas.

Traía un gorro de sombra larga y le tomaba fotos a todo:
a las estatuas, los murales, los instrumentos sagrados y a todos
los utensilios. El resto del tiempo, sentado encima de la caja de
latas, escribía un libro. El Buda viviente aprovechó su ausen-
cia para conocer el título: *Entre la tierra y el cielo. Mi corta vida
como lama.*

Así que él había regresado para siempre al mundo real; ca-
minó hacia el cielo por un rato pero luego volvió. Un calor in-

tenso invadió el corazón del Buda. Por la noche, el Buda viviente fue a visitarlo. Su amigo de antaño estaba dormido. Un fuerte aroma a frutas, que emanaba de las latas que Sangmudan había abierto, cubría su carpa. La luna iluminaba su rostro. Parecía que los sueños de aquel hombre feliz no eran serenos. Sus cejas estaban tensas, por lo que el Buda viviente decidió rezar por él. Sangmudan suspiró y su frente se extendió.

De regreso, el rocío mojó los pies del Buda.

Al día siguiente, el Buda viviente se dirigió de nuevo a la carpa. Sangmudan no estaba. El Buda viviente, recordando las travesuras de antaño, buscó piedras del tamaño de un puño y las puso debajo de la bolsa de dormir. Gexi vio todo. Había dicho que el Buda viviente ya estaba cerca de la Iluminación. Dijo eso el día que compartieron los alimentos.

El señor Sangmudan regresó diciendo que anoche había tenido un mal sueño: soñó que el Buda viviente le pegaba, puñetazo tras puñetazo.

Gexi sonrió.

El Buda viviente le tiró un golpe:

—¿Fue así?

—No me dolía pero sí me pegabas.

Gexi le dijo:

—Me parece que nuevamente nos dejarás.

—Sí —Sangmudan agachó la cabeza—, me voy.

Después de un largo silencio, el Buda viviente dijo:

—Antes yo tenía el mismo sueño.

En esos días Sangmudan ponía debajo de sus mantas algún objeto y cuando su amigo sentía el dolor, soñaba que alguien le pegaba. Al escuchar eso, Sangmudan comprendió todo y se sonrojó.

El Buda le dijo:

—Dejaré que tomes foto de algo que jamás ha sido fotografiado. Sabes que no dejamos que nadie vea al protector de nuestro monasterio.

El Buda abrió una puerta donde colgaba un cuadro bordado. Los rayos del sol se postraron sobre cuatro máscaras. Las cuatro caras representaban al mismo hombre, era Gexizhaxi-bandian, el hombre que a causa de su gran sabiduría y sus excesivas dudas jamás pudo ser Buda. Los rostros terroríficos

de las tres máscaras representaban al guardia del monasterio, la cuarta representaba su verdadero aspecto. A diferencia del Buda viviente, Sangmudan nunca llegó a compararse con Zhaxibandian; sin embargo, sí sabía cómo se había convertido en protector del monasterio. Al enfocar su objetivo a través de la mirilla, la mirada interrogante de aquella máscara sacudió su corazón.

El señor Sangmudan partía a tierras lejanas. Llevando consigo todo lo que estos lugares le dieron, iría al extranjero para enseñar los misterios de la filosofía oriental. Cargaba también un leve sentimiento de haber cometido una traición.

En la despedida, el Buda viviente le dijo:

—Te acompañaré algunos pasos.

Laranbagexi, con aspecto aún más misterioso que antes, sentado ahí sonreía. Mirando fijamente a los rayos del sol, parecía una estatua. A la hora de inclinarse con gran reverencia hacia su benefactor, el señor Sangmudan sintió el aroma y la suavidad del pasto.

En la carpa, el Buda viviente sacó las piedras que yacían debajo de las mantas diciendo:

—Ya no te pegaré.

Los dos amigos de antaño soltaron carcajadas al unísono.

Llegada la noche Sangmudan no podía dormir. Al conciliar el sueño no lograba serenidad, pues sentía agua sobre su cuerpo. Despertaba y veía la luz de la luna. Nuevamente concilió el sueño y tuvo una pesadilla. Vio a la Luna pesada como un molino caer del cielo y aplastarlo, un destello y la Luna se convirtió en la cara de Zhaxibandian, el protector del monasterio. El traidor de hacía trescientos años le gritaba a su colega traidor de trescientos años después:

—¡Denle duro!

Muchos puños se descargaron por su espalda. Uno, tras otro, tras otro... En el sueño, él salía continuamente de la bolsa de dormir y se erguía, pero los puños lo golpeaban aún más duro.

El señor Sangmudan, ese hombre alegre y arrogante, en el sueño aullaba pidiendo clemencia.

El Buda viviente, caminando sobre la luz de la luna, rescató de aquella pesadilla a su amigo de antaño.

En esas tierras crecían hongos. Esa noche, debido a la densa niebla en el aire, los hongos comenzaron a romper la tierra para asomarse. El pequeño racimo de hongos que crecía justo debajo de la bolsa de dormir del señor Sangmudan, era el responsable de su pesadilla. El Buda viviente y el señor Sangmudan prendieron una fogata y unos instantes después el aire se llenó del aroma dulce a leche y hongos tatemados. ❖